TIEMPO DE RECORDAR, TIEMPO DE VIVIR

1

Se siente cansada cuando entra en la casa, una casa pequeña y silenciosa, donde le aguarda la ausencia de quien nunca estuvo en ella. La siente enseguida, cuando abre la puerta, entra y la penumbra la rodea. En el sillón vacío que compró el mes pasado y que la madre no pudo estrenar, en el jarrón sin flores sobre la mesa del comedor, en el lecho vestido de limpio, junto al suyo, que nunca acogió a nadie. Amalia se mueve por la casa sin un objetivo preciso, constatando a cada paso la ausencia definitiva de la madre.

Hay en el aparador una foto de una mujer mayor, con una joven a su lado. Ambas sonríen. Ambas ignoran el futuro, sin siquiera presentirlo, es lo que piensa ahora Amalia, cuando mira la foto. Le cuesta conciliar aquella imagen del pasado con las imágenes que pululan por su cerebro, imágenes recientes, más intensas. Mira fijamente a la mujer mayor y se da cuenta de que la que acaba de irse, no la que la precedió días antes, meses antes, años -¿cuánto exactamente?-, es su imagen avejentada y dormida. La ve con claridad, como la vio en la habitación del hospital, antes de que la arreglaran en el tanatorio para ser expuesta a las visitas condolidas, pocas en verdad. El rostro enajenado, casi desconocido, volvió a ser por efecto de la muerte el rostro amado. Antes incluso, cuando la muerte ya estaba en su habitación pero aún no había impuesto el último hálito. Una semana entera, esperándola, temiéndola, anhelándola.

Cuando llegó Leandro al hospital, tras el ingreso de la madre, atardecía. Un rato antes Amalia se había levantado y había mirado afuera por el ventanal de la habitación, a la tarde que declinaba. Con indiferencia, casi ausente, había visto el sol colándose entre dos bloques de pisos. Había mirado a la gente que pasaba en una u otra dirección, ajena a cuanto acontecía en el hospital. Por segundos experimentó una suerte de envidia, el deseo de estar fuera como aquella gente y olvidarse de todo, sin mucho convencimiento, porque al instante se desvaneció, y volvió a mirar la calle con indiferencia. Desde atrás le llegaban, atenuadas por la voluntad de sus dueños, las voces de las visitas de la enferma que ocupaba la cama de al lado. Gente educada que respetaba su dolor, la agonía de su madre.

- -Buenas tardes —la voz familiar de Leandro le hizo volverse.
- -Buenas tardes –respondieron los familiares de la otra paciente.

Antes de besar a su hermana, se detuvo junto a la madre y le puso la mano sobre la mejilla arrugada y fláccida. La anciana tenía los ojos entornados y respiraba jadeando, rítmicamente, dejando salir por su boca entreabierta el borboteo de estertores húmedos. Leandro miró interrogante a Amalia.

-Ha hecho una pequeña aspiración, según el médico —dijo, respondiendo a su mirada, como si fuese esa la información que el otro reclamaba. Luego añadió, bajando los ojos hasta la moribunda, al tiempo que esperaba la aquiescencia de Leandro:-Le dije que no quería medidas excepcionales, sólo que sufriera lo menos posible... Me aterra pensar que pueda sentir algo.

Junto a la cama había un soporte de gotero con un frasco de suero, del que partía un tubo que acababa en el brazo izquierdo de la madre.

-Me habría gustado que la hubieran dejado en la residencia, que el trance fuese lo más corto posible, pero, cuando me avisaron, el médico ya había dado la orden de que la trasladaran aquí. Si hubiera estado en casa se moriría en su habitación.

No tenía intención de hacer reproches, pero se dio cuenta, un poco tarde, de que Leandro podría haberlo interpretado así. Esperó su reacción. En apariencia no la hubo. ¿Qué sentía su hermano? No quería hacerle daño. A la postre la había ayudado. Sin embargo, aunque no fue su intención, la madre había acabado en la residencia por culpa de él. Era la verdad. O no, no la verdad completa, porque era imposible soslayar a Ahmed, a Salma, a Berto, imposible dejar de tener en cuenta todo el cúmulo de circunstancias que la habían conducido a donde estaba.

-¿Estás segura de que va a morir? ¿Cómo puedes estarlo? –objetó al fin Leandro, sin mirarla aún, los ojos fijos en la madre, que mantenía el color de las mejillas, como si, a pesar de la respiración estentórea, su inconsciencia sólo fuese la simple manifestación de un -sueño prolongado-. Se ha recuperado otras veces.

Tenía razón el hermano. Y seguramente no buscaba herirla, a pesar de lo cual Amalia se sintió mal, como si hubiera dejado aflorar el deseo que estaba más allá de su tristeza, de su dolor. Era mejor que la madre muriera antes de que se deteriorara más, y a un tiempo era terrible que muriera. Miró a los familiares que estaban junto a la otra cama, temerosa tal vez de que, a pesar de las voces poco más que susurradas, hubieran escuchado; peor aún, de que se hubieran dado cuenta de sus sentimientos. Los vio ajenos a la escena que conformaban, tan común seguramente en otras habitaciones del hospital: pesar, esperanza, cansancio... Todavía no había llegado el llanto, aunque llegaría.

-Esta vez es distinto —logró decir finalmente, sin más explicaciones, como si el presentimiento tuviese la fuerza de un hecho consumado. Luego, hallando inesperadamente la causa de su seguridad, adujo: -Tú no la viste la semana pasada, si no me darías la razón. Estaba diferente, como si se estuviera operando el cambio necesario para llegar a esto. Me ignoraba por completo a pesar de mis palabras y mis caricias. Dejó de abrir la boca cuando se le acercaba la cuchara con comida... No sé. Tuve la sensación de que había tocado fondo —calló esbozando una amarga sonrisa, para añadir a continuación, rindiéndose a la evidencia: -No, en realidad era mi deseo de que así fuese, de que acabase cuanto antes la degradación de la enfermedad, de que ella, y yo misma, tú, todos los que la queremos, descansemos al fin.

Leandro la abrazó y ella se entregó a su abrazo, conteniendo a duras penas las lágrimas.

-No te culpes de nada. Todos deseamos que esto concluya. Una enfermedad demasiado larga y tan dura como esta acaba con la resistencia de cualquiera. Además de los otros problemas...

Muchos, en verdad, se dice Amalia, mientras se sienta en el sillón vacío del comedor, poseída de improviso por una gran lasitud. Algunos se van solucionando, no obstante; los otros han quedado relegados por la llegada al fin de la muerte.

(...)

2

Berto no entendía por qué no había ido a recogerle su padre con el coche en una tarde tan mala. En su lugar se había presentado su madre con el paraguas, que apenas servía de nada bajo la lluvia incesante. Había mirado los pantalones y los zapatos de Amalia, completamente mojados, como ya empezaba a tenerlos él después de caminar por varias calles que no eran las habituales en el trayecto de vuelta a casa.

-Adónde vamos –preguntó, más molesto que extrañado, mirando hacia arriba, hacia la madre, que no se detuvo un momento, ni lo miró cuando le contestó.

-A casa de la abuela.

¿Y a qué iban a casa de la abuela en una tarde de perros como aquella, cuando él lo que quería era estar en su casa? Se guardó la pregunta para sí y siguió caminando junto a su madre, tratando de mantener el mismo ritmo que ella. La lluvia no paraba de caer, así que era comprensible la prisa que llevaban, pero lo que no entendía era por qué no

había ido su padre por él, por qué precisamente ahora tenían que ir a casa de la abuela, y andando.

Veía a la gente que se mezclaba en las aceras con los paraguas abiertos; veía los automóviles que formaban ruidosos atascos en las calles, las luces de la ciudad y de los coches encendidas prematuramente en aquella tarde que parecía un interminable inicio de la noche. Miraba una y otra vez a su madre, tratando de saber qué pasaba, porque, a medida que se iban alejando de la escuela, él sabía más y más que algo pasaba. No le había besado como solía; llevaba una pañoleta que le cubría la cabeza y parte de la cara, y gafas de sol en un día sin sol: si no hubiera sido por la voz, habría dudado de que era su propia madre. Y luego lo de la abuela. ¿Estaría enferma la abuela? Pero, ¿por qué, entonces, no les llevaba su padre en el coche? Le entraron ganas de llorar, pero se aguantó como pudo.

Al pasar el puente nuevo, sin la protección de los edificios de la ciudad, la lluvia pareció arreciar. Los vehículos circulaban raudos salpicando sin consideración. Miró hacia el río, a los árboles que se perdían en la distancia, flanqueando la franja de agua gris sucia. Aquel panorama triste, tan diferente del que le gustaba observar cuando iba de paseo con sus padres, le encogió el corazón, más aún de lo que ya lo tenía. La lluvia seguía cayendo sin parar, pero Berto, acongojado por los presentimientos, acabó olvidándose de ella.

Blanca, la abuela, vivía en un piso de las afueras, en un barrio humilde. Anochecía cuando llegaron. Nunca se le había hecho tan largo un trayecto. Sintió que no le pasaba la saliva de la garganta, ni le salía la voz del cuerpo, cuando estuvieron al fin en casa de la abuela, quien a pesar de su cara de extrañeza le recibió con unas alharacas que duraron poco, porque la madre se retiró de inmediato a una habitación y la abuela la siguió. No obstante el tío Leandro en seguida estuvo con él, entreteniéndole, contándole cosas que no le interesaban. El tío Leandro, siempre tan frío y distante, le atendía ahora cariñosamente.

-¡Pero cómo vienes, chiquillo! –exclamó al verle tan mojado-. Hay que quitarte esa ropa, ahora mismo, no vayas a coger una pulmonía.

El tío Leandro tenía la piel blanca, como la abuela, el pelo rubio y largo, siempre desgreñado, como un artista pobre, que es lo que era, y la mirada triste, por mucho que sonriese. Al verlo tiritar, empezó a desnudarle sin pensárselo dos veces. Berto se habría negado en redondo a que lo tratasen como a un bebé, pero estaba tan confuso, tan asustado, que le dejó hacer. Cuando quiso darse cuenta se encontraba desnudo, tapado

con una toalla. Leandro le restregaba con ella el cuerpo, para secarle, para hacerle entrar en calor. Sólo después de un rato tuvo la fuerza necesaria para preguntar:

- -¿Qué pasa, tío? ¿Por qué hemos venido aquí? ¿Dónde está mi padre?
- -De viaje, está de viaje. Y no os vais a quedar solos en casa, estando aquí la abuela y yo ¿no? –dijo de corrido, tras una pequeña pausa de no saber qué decir.

Berto no le creyó. Lo miró compungido, otra vez con ganas de llorar. Era un niño, y estaba al tanto de que a los niños no se les cuentan ciertas cosas, pero él necesitaba saber. Se echó finalmente a llorar, con un llanto entrecortado, como si pese a todo quisiera evitarlo. Leandro puso cara de pena, y de rabia. Lo abrazó y le dijo en voz baja: -Te lo diré, pero tienes que prometerme que te lo callarás, como si no supieras nada. Si se entera tu madre, me mata.

La inesperada complicidad de Leandro tuvo la facultad de calmarle. Le agradecía que le tratara como algo más que a un niño y tenía que estar a la altura de las circunstancias. Dejó de llorar, se limpió la cara con la toalla y esperó las palabras de su tío.

Leandro tenía la boca fruncida, la cara tensa: parecía buscar a toda prisa las palabras adecuadas antes de hablar. Como si se hubiese metido en un lío del que no sabía salir, se rascaba el cuello, se recomponía el pelo, miraba aquí y allá, sin acabar de encontrar las palabras

-Tus padres han reñido —dijo al fin, y suspiró aliviado. De inmediato añadió:- Pero no será nada, ya verás. Es la primera vez, ¿no? Así que en unos días todo arreglado. Ya lo verás.

Berto también se sintió aliviado. En algún momento había temido que su padre hubiera tenido un accidente, que estuviera malherido, o muerto, y su madre no quisiera que se enterase. Que hubieran reñido no le importaba demasiado, sobre todo porque, en contra de lo que decía Leandro, no era la primera vez. Sí lo era, en cambio, que su madre lo trajese a casa de la abuela por tal motivo. Quizá eso era lo que había querido decir su tío. Por un momento temió que no volviesen más a su casa, con su padre, y el alivio inicial se truncó y le dejó serio y preocupado.

-Toma, ponte esto –Leandro le ofrecía ropa seca que obviamente no era de su talla, pero no protestó porque, cubierto tan sólo con la toalla húmeda, empezaba a sentir frío de nuevo-. Mañana iré por tu ropa, ¿vale?

Berto asintió sin mudar su semblante. Seguía preocupado, y el que su madre hubiera salido de casa sin acordarse de coger algo de ropa para él empeoraba las cosas. ¿Por qué la disputa de sus padres les había traído a la casa de la abuela? ¿Cuánto tiempo se iban a

quedar? ¿Iba a cambiar su vida en adelante? Mientras se hacía estas preguntas, no era consciente de que Leandro le atendía solícito, recogiéndole las perneras de los pantalones del pijama, y las mangas de un jersey de lana que le llegaba casi hasta las rodillas. Cuando se dio cuenta, no le importó la facha que tendría, porque había dejado de sentir frío.

-¿Qué quieres de cenar, cariño?

Blanca acababa de volver, se le había acercado y le hacía la pregunta con una sonrisa. Aun siendo habitualmente cariñosa con él, también ella estaba más amable de lo normal. Berto no dudó que querían hacerle agradable la estancia en aquella casa, a la que iba de vez en cuando con su madre, pero nunca para quedarse. Por lo demás no tenía ganas de comer, así que contestó con una breve elevación del hombro y un semblante desabrido que no desanimó a la abuela.

-Prepararé una sopa, lo mejor para entrar en calor en una noche como ésta. Y tortilla de patatas, y ensalada. ¿Qué te parece? –dijo, cogiéndole la barbilla y alzándole la cara.

El niño miró aquel rostro familiar, un tanto gordezuelo y bonachón, con el pelo entrecano, compuesto con sencillez, que le ofrecía su mejor sonrisa. Su madre decía que había que ser amable con quienes lo eran con uno. Berto se acordó de sus palabras, pese a lo cual no mejoró el gesto de su cara y respondió con total sinceridad.

-No me apetece comer nada, abuela. No tengo hambre.

(...)